

Cómo ascender en versos el Calvario de Alloza
Fernando Aínsa

Después de tantos cipreses celebrados por la poesía
¿cómo ascender en versos el Calvario de Alloza,
cómo encontrar nuevas metáforas
con que abrazar sus troncos centenarios?
Pienso en el “enhiesto surtidor de sombra y sueño”,
ese “ejemplo de delirios verticales”
descubierto en Siles por Gerardo Diego;
en ese “ciprés compañero del hombre en el tiempo
donde el ave de los vientos
hace suya la eternidad”,
cantado por Francisco Azuela;
esa “adarga sideral inofensiva
que prende a los luceros dormitando”
que lanzara Nicolás de la Carrera;
pienso también
en el triste anuncio de Borges
“el árbol de mi muerte era un ciprés”.

Son muchos los poetas inclinados reverentes
ante su elegancia y silueta
en alamedas perdidas en la lejanía,
en ermitas y camposantos,
haciendo de su natural señorío
árbol símbolo de la memoria y la nostalgia.

Quisiera hoy ascender
el Vía Crucis del calvario de Alloza
con la modestia de un peregrino
que renuncia a su propia vida
y hace del asombro
ante los nervios de troncos añosos y retorcidos
fuente de inspiración y renovados versos.

No los cuento,
pero dicen que son más de doscientos
los que pueblan la ladera enjardinada
de este monte con historia.
Entre estos cipreses que reclaman poesía
está el Ciprés Madre de 500 años
con quince metros de altura,
señoreando sobre las almas
y la pasión contenida del que busca
sosiego y paz perdidas en la llanura.

Vano esfuerzo

—me digo apesadumbrado—
al cabo de este Vía Crucis
del camino empedrado con rotas ilusiones.
Sin embargo, la mirada hacia el horizonte dilatado,
el susurrar del viento entre las ramas,
el cimbrear de su copa
el lejano canto de los pájaros,
renuevan la esperanza en el tiempo
con que este Calvario nos ha dado
el mejor consuelo y testimonio
de nuestro pasado.